

EL ENTIERRO

EMILIO LOPEZ MUÑOZ

ORBALLABA como sólo orballana en Galicia, un agua tamizada, fina, constante, insistente, a través de esa humedad que se respira y se suda. Los cristales de las ventanas de mi casa se habían apropiado del vapor de las conversaciones, de los incontables lo-siento-tanto y lloraban lágrimas que también llorábamos cada vez que alguien traspasaba la barrera del te-acompañó-en-el-sentimiento y recuperaba momentáneamente una imagen de su memoria para arrojárnosla como un bofetón. Mi tía depositaba su congoja en un enorme pañuelo blanco de esos de hombre que comprimía mecánicamente en una especie de pelota deforme y mojada, una pelota que introducía en la bocamanga de su chaqueta de lana negra-negra; mecánicamente también, conseguía entre sollozo y sollozo hacer un café fuerte y oloroso que repartía con generosidad en pocillos de porcelana pálida. O llenaba copas con un coñac que rascaba la garganta y obligaba a respirar hondo para que el estómago pudiera llenarse de aire fresco, húmedo.

En cada habitación —unos cuidadosamente sentados sobre las camas y otros en sillas—, había grupos que conversaban en voz muy baja: un susurro intranquilizador y que, sin saber por qué, presentíamos amenazante, había invadido la casa mezclado con el humo tembloroso de cientos de impacientes cigarrillos. Nosotros, o sea, mis hermanas, alguna mujer, cuya identidad no consigo recordar por mucho que me esfuerce, y yo, estábamos en la cocina de casa —siempre tan limpia, rodeada de azulejos blancos y brillantes— penetrados por el olor a café y estrujados por espasmódicos abrazos de señoras compungidas que dejaban caer gotones lacrimosos en nuestro pelo y nos manchaban la mejilla de moquillo en besos desesperados y caricias de urgencia. Mi padre abría la puerta cada vez que el timbre daba un discreto e irrepitible din-dón y recibía silenciosos abrazos y apretones de manos. Estábamos muy excitados. Eran demasiadas cosas juntas. El corazón se me saltaba del pecho a golpes desesperados cada vez que el susurro —que como el orballo no cesaba— se cortaba por un ay que desbordaba lágrimas y miradas piadosas o cada vez que alguien nos decía aquello de cuántos-parecéis-a-vuestra-madre, que-en-paz-descanse. Pero mi boca permanecía firme, tranquilamente sellada y era sólo una mueca de ya-ve-ustedé, qué-le-vamos-a-hacer, es-la-vida-misma, y entonces me acordé de Caracas en el 53 y de la plaza de la Candelaria donde vivíamos y también llovía, muy fuerte, como si el cielo, inmutablemente azul, hubiese reventado con una rabia inusitada y a duras penas reprimida, y arrojase un mar de agua. Y también era el sol, el calor sofocante y espeso, y nosotros muy pequeños, arrastrados en aquella forzosa e incontinente riada que

iba dejando seca de sangre nueva a Galicia, desconcertados en nuestra ingenua ignorancia, soñando aventuras inconfesadas en el reducido mundo de una travesía transatlántica en un barco de nombre «Far Sea» —aunque en mi caso siempre se le llamó «Farisea»—, o «Napoli», unos barcos que descargaban con precisa regularidad montones de ojos abiertos y rojos cargados de sueños, hinchados de recuerdos, de lazos rotos, de nostalgia, de ganas de dejar de ser animales para aprender a ser seres humanos.

Y los niños. Siempre muchos niños. Bien sujetos de las manos, peinados a cada momento, despojados de inexistentes motas de polvo con un rápido manotazo sobre una camisa blanca y apresuradamente almidonada, empujados, forzados a entrar en aquel mundo nuevo y desconocido del que muchos no conseguirían regresar jamás. Y recordaba a mi madre y su silenciosa resignación y a un pato Donald de fieltro amarillo encima de una gran nevera cuando los frigoríficos se llamaban neveras y se llamaban heladeras, y a mi padre, en immaculado traje blanco-camarero-de-hotel, y a la Policía cargando una furgoneta azul marino de niños negros sin camisa, descalzos, y otra vez mi madre poniéndome pañuelos humedecidos para que dejase de sangrar una nariz demasiado sensible a la calor y a la altura de Caracas; y luego fue Cuba, y era mi abuelo conductor de lentas guaguas tiradas por obedientes caballos subiendo el Vedado y recorriendo el Malecón, y al allá, en la esquina, el castillo del Morro mirando al mar, y era su casa de madera ennegrecida en Guanabacoa donde nacieron mi madre y todos sus hermanos mayores: Manolo, Pancho, Ramón, Nico, y otra vez llovía y la tierra rojiza olía a humedad y a dulce de guayaba y dejaba escapar el vapor que se alzaba como blancos matorrales que temblaban, crecían y desaparecían entre pesadas gotas de lluvia.

Mi abuelo me contaba historias de Cuba, de su Cuba, de su Habana y de su Matanzas y conseguía que conociese La Habana como si nunca hubiera salido de ella, como si hubiera corrido sus calles y bebido sus gentes. Mi madre no decía nada porque sabía que después de emigrar a Cuba, de construir una pequeña vida donde parir seis hijos, treinta años después, mi abuelo hubo de reemigrar a su tierra, y otra vez se vio forzado a construir una pequeña vida en la triste miseria de la Galicia de 1931, y de pronto todos se levantaron, estiraron faldas y chaquetas, ajustaron nudos de negras corbatas, recogieron los paraguas y uno a uno, silenciosos, comenzamos a bajar a la calle: el entierro iba a empezar.

Ahí hay un blanco en mi memoria. No logro recordar ese espacio de tiempo desde que dejamos la casa hasta que llegamos al cementerio, allá en las afueras de la ciudad. Sé que seguía lloviendo y los campos

estaban relucientes, jugosos, con ese verde plateado por el agua de la temprana primavera; que los coches circulaban tratando, con dificultad y sin mucho éxito, de sortear los numerosos charcos de la carretera que extendían olas de agua sucia hacia las cunetas. Ibamos despacio formando un cortejo que encabezaba el largo coche negro de la funeraria que dejaba en su interior el barroco ataúd de madera barnizada y asas doradas, cargado de flores y como atado por cintas



de raso color violeta con inscripciones y leyendas en letras de purpurina dorada. Una carrocería que más se asemejaba a una pecera de cristal con una enorme tortuga dentro el cementerio abría una enorme verja de hierro negro engarzada en dos monolitos rematados en ángeles alados que amenazaban arrojarse al paso de los intrusos, dos cancerberos amarillo-verdoso de espaldas lameante por la que resbalaba impunemente la lluvia. Delante, una explanada blanquizca de gravilla de granito que pronto se vio cruzada por una docena de coches negros y algún que otro autobús y comenzó a crujir al paso de pies que pisaban, giraban, caminaban, se detenían, se reunían. Pensamos que debíamos cargar el féretro sobre los hombros como el último acto que nos acercaba a ella para separarnos definitivamente, como una deuda que queríamos cumplir para así alargar un poco más el adiós. Yo tenía el pelo mojado, y el agua, incansable, incesante y suave, me refrescaba.

Pesaba mucho. Ibamos tan juntos que yo a veces tropezaba con los zapatos de mi padre, que iba de-

lante, algo encorvado por los años y por el agujero negro que, de repente, con la muerte de mamá, se abrió a sus pies. Y caminamos mucho rato, ¿o quizá tan sólo unos minutos? Dejamos el féretro sobre unos caballetes de madera que alguien había colocado delante de un cura flaco, de gafas culo-de-botella y un poco calvo, con evidentes deseos de acabar cuanto antes a-*ver-si-escampa-mientras-tanto*. Con sinceridad: no sé lo que dijo. No ya porque me considera un

anticlerical y un ateo militante (como mi abuelo), sino porque solamente veía que el hombre abría la boca, decía cosas seguramente, pero yo observaba las manos, miraba las miradas y los rostros, las expresiones, los paraguas chorreantes fuertemente agarrados y los pañuelos también chorreantes, y no oía nada, nada, nada.

De pronto, me sorprendí al comprobar que nuevamente había que agacharse para cargar con la caja y recuperar la consciencia tan sólo para inclinarme, echar mano de la asa metálica y levantar el ataúd hasta los hombros, aúp, y salir por una puerta lateral iniciando un largo paseo sobre la grava quejosa entre verdes huertas de tumbas viejas, pedestales de cemento, ángeles de mármol con islotes de musgo, placas negras que ofrecían jarras oxidadas y flores secas, pétalos de rosas de plástico y margaritas anárquicamente nacidas en las elevaciones de la tierra. Nosotros, en fila como una culebra negra, nos dirigimos a un nicho que abría su boca oscura, fría y profunda. A su lado, dos losetas recordaban los nombres de mi abuelo y de mi abuela. Ahora llovía más fuerte y tenía los pies y el hombro izquierdo empapados. Alguien extendió el brazo y un paraguas me protegió los últimos metros. El hombro derecho me dolía. Casi no lo sentía. Fue un poco difícil introducir el ataúd, aunque,

al fin y al cabo, era una cuestión de insistencia, para dejar paso a unos hombres de mono azul que se aprestaron a colocar la pesada tapa y a rellenar con cemento el cuadrado de finas líneas negras que la rodeaba: las minúsculas rendijas fueron desapareciendo y ya no había nada que hacer. Todo había terminado. Fuimos saliendo, poco a poco, arrastrando los pasos, muy mojados. La lluvia, comprensiva, se confundía con las lágrimas que se deslizaban por mi rostro.

Esa noche, —había mucha gente en mi casa, tíos, primos, parientes—, dormí con mi padre. En el mismo lugar que ella durmió tantos años. Mi cabeza, un volcán intranquilo y despiadado de recuerdos, reposó sobre la misma almohada de lana. Al día siguiente por la mañana, mi padre tocó discretamente mi hombro izquierdo para despertarme y, como un murmullo, dijo: «Está lloviendo. Levántate, hijo, porque hoy es el entierro y hay mucho que hacer». El no sabía que yo ya había enterrado a mi madre. ■ E.L.M. (Ilustración de RICARDO ZAMORANO.)